

De la Europa de las libertades a la Europa de las extremas derechas

1ª edición, 2025

© Juan Pedro Quiñonero

© Guillermo Escolar Editor S.L.
Calle Princesa 31, planta 2, puerta 2
28008 Madrid
info@guillermoescolareditor.com
www.guillermoescolareditor.com

Diseño de cubierta: Javier Suárez

Maquetación: Equipo de Guillermo Escolar Editor

ISBN: 979-13-87789-19-0

Depósito legal: M-18363-2025

Impreso en España / Printed in Spain

Reservados todos los derechos. De acuerdo con lo dispuesto en el Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes, sin la preceptiva autorización, reproduzcan o plagien, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Juan Pedro Quiñonero

**De la Europa de las libertades
a la Europa de las extremas derechas**

**Memorias del decano
de la prensa europea en París**

**Guillermo
Escolar**
E D I T O R

Análisis y crítica

Para Juan y Luz, mis padres

I. PARÍS, SINFONÍA INACABADA

A manera de prólogo

Cuando vuelvo a mirar mis fotos del 5 de enero de 2019, las imágenes en color de las llamas, las barricadas, las cargas de los CRS, el humo de los gases lacrimógenos, los manifestantes corriendo alocados por el bulevar, entre la iglesia de Saint-Germain-des-Prés y la estatua de Diderot de la plaza Jacques-Copeau, cuando caía la noche, creo comprender que esas instantáneas me dicen –a través del lenguaje visual de la fotografía– que la historia de mi vida se confunde con un dorado destierro, iluminado accidentalmente por los fantasmales reverberos del asesinato de París y el ocaso de Europa.

Sin duda, la abadía de Saint-Germain-des-Prés fue testigo de muchos otros incendios y catástrofes que amenazaron y pudieron destruir sus cimientos y arquitectura, áureos despojos de la marcha saturnal de la historia. Renovada parcialmente gracias a la beneficencia privada, las donaciones de millonarios norteamericanos y las subastas caritativas de obras de arte de creadores cosmopolitas –con el fin de sufragar unos costos que ni la alcaldía de París ni el Estado podían ni deseaban pagar con fondos públicos–, a principios del siglo XXI, la esbelta silueta de la antigua iglesia gótica estaba iluminada aquella tarde de invierno por el rojo incandescente de los incendios, el negro espeso de la humareda, el gris sucio de los lacrimógenos, difuminando la gracia intacta de su campanario entre la niebla oscura de la noche que llegaba.

Los primeros incendios de coches habían comenzado una hora antes, a la altura de la esquina Saint-Germain/Saint-Pères, a dos pasos del hotel donde don Antonio Machado vivió algunas de las noches más tristes de su vida, el mes de julio de 1911, cuando su jovencísima esposa, Leonor Izquierdo, sufrió uno de sus primeros ataques de

hemoptisis y empezó a escupir sangre. Un siglo más tarde, una fría tarde del invierno de 2019, en esa esquina comenzaron con metódica precisión quirúrgica las primeras cargas de los antidisturbios, prestos a sofocar los estallidos de vandalismo y cólera nihilista, recurriendo a los cañonazos de agua para hacer retroceder a los manifestantes que se replegaban pegando fuego a vallas y coches, dando alaridos a la puerta del restaurante Lipp, el Café de Flore y el Deux Magots, antes de huir hacia Odéon, donde irrumpieron con el estruendo de sus sirenas los coches de bomberos que apagaron el incendio de varios automóviles que ardían a la altura del último domicilio de Yves Montand, tan próximo a la pizzería donde se encontraba en otro tiempo el Café de Cluny que ya frecuentaban a mediados del XIX los desterrados y conspiradores españoles que recuerda Galdós en *Amadeo I*.

En la esquina Danton/Saint-Germain fotografié a unas jóvenes musulmanas, piadosas y muy acomodadas, haciéndose *selfies* de espaldas a las llamas de los coches que ardían entre un supermercado y el portalón de la Faculté de Médecine, que servía de refugio ocasional a hombres y mujeres sin techo, sin domicilio fijo, decorado de época para el recuerdo fotográfico de dos chicas sauditas que horas antes se habían comprado dos bolsos Louis Vuitton en los Campos Elíseos —blasonados con rudimentarias reproducciones en colores chillones de obras de Fragonard y Van Gogh—, lucidos como trofeos en los autorretratos que enviaban a sus amigas residentes en Riad a través de WhatsApp, antes de preguntarme en qué dirección se encontraba la iglesia de Saint-Germain, hacia donde yo mismo me dirigía, dispuesto a acompañarlas. Invitación rechazada con embarazado tacto femenino para intentar no herir mi sensibilidad, sin duda invisible, sin afeitar, con un desaliño de fotógrafo callejero, compañía indeseable para dos señoritas cultivadas de su condición.

Las chicas sauditas esperaron que yo me despidiese y comenzara a caminar antes de tomar ellas la acera de enfrente, siguiéndome a cauta distancia. El viejo bar tabac Old Navy donde fotografié por vez primera a Anna Karina estaba ardiendo. Los CRS se habían apostado a la puerta del Café Mabillon donde, hacia 1960-1968, se reunía una tertulia por la que pasaron Xavier Valls, Luis Fernández, Rafael Lasso de la Vega, Javier Vilató, Antoni Guansé, Apelles Fenosa, entre otros

desterrados. Atravesé sin problemas el gentío que se atropellaba entre el bulevar y la rue Bonaparte, para entrar sin dificultad en la iglesia de Saint-Germain, vacía. Una pareja de turistas japoneses se hacía un *selfie* ante el altar mayor, apenas iluminado. A la salida, advertí que la multitud vociferante había puesto sitio al café Les Deux Magots, cuyas puertas y terrazas eran defendidas por varios pelotones de antidisturbios, en línea, en diagonal, en cuña, tocados con cascos y máscaras antigás, sus escudos en posición ofensiva, alzando amenazantes sus varas de acero y caucho para advertir a los manifestantes de los riesgos que corrían, vestidos con chalecos amarillos, chillando horrores contra los burgueses, el capitalismo y otras plagas nefandas encarnadas, para ellos, por la clientela turística que frecuentaba ese café, aparentemente emblemático para la multitud enfurecida.

Semanas atrás, otros manifestantes que también vestían chalecos amarillos se atrincheraron en el Arco del Triunfo de la parisina Place de l'Étoile y osaron profanar sagrados símbolos patrióticos, agitando con orgullo banderas nacionales, pintarrajeando los muros del monumento construido para celebrar la epopeya militar napoleónica con frases de este tipo: «¡Vivir libres o morir!». La tarde que fotografié esa pintada, en el Arco del Triunfo, un tullido que se desplazaba en silla de ruedas me decía: «No cederemos en nada. Estaremos aquí, todos los sábados que sea necesario, hasta conseguir lo que queremos». Dos meses más tarde, en la esquina del último domicilio de Guillaume Apollinaire, tan próximo al hotel de don Antonio y Leonor, un señor desgredado, en camisión blanca, arrastrando una cruz de madera de grandes proporciones, pintada de amarillo, me gritaba: «¡Aléjese, los CRS se comportan como asesinos!». Dos o tres semanas después me tropecé con el mismo manifestante amarillo, con su cruz a cuestas, en la rue d'Alésia, a la altura del metro Plaisance. Había pintado en su cruz amarilla símbolos judíos y musulmanes. Un señor de cierta edad comenzó a insultarlo a gritos: «¡Sucio judío, vete a Israel, en Francia no te queremos!». Impasible, el manifestante amarillo le respondió: «Tú me das odio. Yo te respondo con amor». Tras tan evangélica admonición, se lanzó como una furia sobre su adversario, agarrándolo por el cuello para intentar estrangularlo, abandonada provisionalmente la cruz amarilla al pie de un cubo de basuras. Afortunadamente, un

joven hercúleo, negro, francés de origen nigeriano, interpeló a los dos hombres, ante la palmaria pasividad indiferente de manifestantes y espectadores, entre los que me encontraba, esperando fotografiar una riña callejera de estirpe goyesca.

Dos horas antes, a la altura del Pont Mirabeau, desde donde Paul Celan se tiró al Sena, esa manifestación estaba encabezada por un escuadrón de CRS guiando al pueblo amarillo. Cuando caía la tarde, el cortejo lo cerraban —hasta poco antes de llegar a su destino, en la Place Denfert-Rochereau— una veintena de antidisturbios, escudos, porras aceradas en ristre, conduciendo al redil a los insumisos del fin de semana. A lo largo de todo el trayecto, que había comenzado ante el Arco del Triunfo y los Campos Elíseos, los CRS escoltaron en fila india a los manifestantes con el fin de evitar destrozos, pedradas y saqueo de escaparates, acompañados de incendios de motos, coches, mesas y sillas de lugares turísticos, como ocurrió en otras manifestaciones de chalecos amarillos, en París y varias capitales de provincias, durante varias semanas, provocando un contenido pavor entre quienes contemplaban en las cadenas de información permanente secuencias escogidas de los desmanes callejeros, tristes e inquietos ante tales estallidos de violencia nihilista contra el nuevo desorden de las cosas dominantes.

Desorden de ordenada apariencia. Años atrás, cuando compramos nuestra casa de Ault, en la bahía de la Somme, la propietaria de la minúscula lencería La Tentation Parisienne le preguntó atónita a Carmen si era ella quien había comprado la casa que estaba a la venta al borde del acantilado, asombrada, como comprendimos más tarde, ante la locura de unos parisinos que habían decidido instalarse en las inmediaciones de unos acantilados que se desmoronaban lentamente. Gabriele Basilico fotografió Ault, Calais, Dunkerque, el Mont Saint-Michel y toda la costa del canal de la Mancha, por las mismas fechas. Y también se detuvo ante la lencería La Tentation Parisienne, al borde de otro acantilado, desde donde unos lugareños tiraron al mar a un inmigrante magrebí una noche de sábado, botellón y embriaguez racista. La policía y la justicia abandonaron pronto unas pesquisas que no interesaban a nadie, en Ault, en la bahía de la Somme, en Amiens, la capital del departamento, donde Emmanuel Macron, futuro presidente de la República, todavía tardaría algunos años en comenzar

sus estudios de bachillerato con su futura esposa, Brigitte Trogneux, desposada en primeras nupcias con un banquero de provincias, propietaria de una residencia en Le Touquet, otra playa del canal muy distinta a la de Ault, donde era famosa la chocolatería Au Chat Bleu, cuya sede central, parisina, se encuentra en el Boulevard Malesherbes, frente al domicilio donde Marcel Proust comenzó a escribir la *Recherche...* Si los Macron –Emmanuel y Brigitte– hubiesen tenido la tentación de hacer una escapada sentimental de una hora, en coche, desde Amiens y Le Touquet hasta la bahía de la Somme, Cayeux-sur-Mer, Ault y Le Tréport –inmortalizados por Timoteo Pérez Rubio, durante un viaje de amor con Rosa Chacel ¿entre 1929 y 1932?– hubiesen podido cruzarse y conocer la atormentada zozobra íntima de personajes que el invierno de 2018-2019 se tiraron a la calle en muchas ciudades y en millares de rotondas de la Francia periférica, para gritar la angustia de su amargo desarraigo solitario: la madre soltera envejecida prematuramente, cajera en un hiper, viviendo de alquiler en el tercer piso de un HLM (vivienda social) sin ascensor, a diez kilómetros de su trabajo y la guardería de un niño de padre camionero con trabajo aleatorio; los agricultores pobres que decidían suicidarse –uno cada tres días, año tras año–, perdida la fe en la tierra de sus antepasados; los propietarios de La Tentation Parisienne, y otras lencerías y tiendas de ultramarinos sin clientes, cobrando pensiones de miseria, propietarios de invendibles casas desvencijadas, no solo en la bahía de la Somme; los modestos funcionarios de antiguas alcaldías comunistas de toda la Francia periférica, seducidos por la retórica parda de la familia Le Pen y otros demagogos de la misma calaña.

Si los Macron hubiesen conocido a esos y otros personajes con quienes yo me crucé, en Ault, el Tréport, en Eu –un minúsculo pueblo normando que todavía votaba mayoritariamente monárquico cuando yo compraba croissants y chocolates Chez la Grande Demoiselle (la famosa pastelería del pueblo, así nombrada en recuerdo de Marie Louise d’Orléans, duquesa de Montpensier), que seguía ostentando el título honorífico de «proveedor oficial» de una casa real que no existía desde hacía siglo y medio largo–, hubiesen podido comprender algo mejor la precaria condición de muchos de los hombres y mujeres que se tiraban a la calle vistiendo chalecos amarillos el invierno de 2018-

2019, cuando ellos creían obrar por el bien de Francia, instalados en el palacio del Elíseo. Esa ignorancia y alejamiento físico de las élites parisienses les impedía comprender unos estallidos de angustia social rayana en la histeria ignorante —a juicio de los más selectos cronistas políticos— que años atrás había tenido otros rostros, como la *Nuit Debout*, el 2016, y siempre fue uno de los amargos frutos podridos que florecían en territorios abandonados de la mano de Dios: esquilgadas cuencas mineras despobladas, herrumbrosos desiertos de industrias desaparecidas, zonas rurales maltratadas por la fiscalidad y los servicios públicos, decrepitos lugares de recreo de pueblos y familias amenazadas por el fantasma de la miseria, sin otra esperanza que la misericordia de un Estado endeudado y manirroto.

La vista del Tréport que Gabriele Basilico y yo fotografiamos hacia 1985 era la misma inmortalizada por Timo Pérez Rubio cincuenta o sesenta años antes. Al margen de nuestras diferencias de estilo, técnicas y sensibilidad, es una evidencia que los tres contemplamos el mismo paisaje, intacto, a medio siglo de distancia. Por el contrario, *La Tentation Parisienne* que Basilico y yo descubrimos por las mismas fechas anunciaba el fin de un pueblo, un paisaje, una sociedad, un modo de vida, amenazados por los vertiginosos cambios que sufrieron no solo Ault y los paisajes de la costa del canal, de Dieppe a Calais. Los hombres y mujeres que se tiraban a la calle vistiendo chalecos amarillos el invierno de 2018-2019 eran los hijos y nietos de los hombres y mujeres que fueron prejubilados o perdieron sus empleos y parte de su identidad, en cuarentena, con la gran crisis de las cuencas mineras de la Lorraine y el Nord-Pas-de-Calais, contemporánea del hundimiento y cierre de las grandes factorías y los hornos de la siderurgia, acelerando el desarraigo y fin del pequeño pueblo despoblado, perdida la fe en la iglesia del lugar, desarboladas las agriculturas tradicionales, cuarteada la esperanza en un Estado impotente ante la deslocalización del comercio y las industrias, muertas las ideas de los antiguos sindicatos y partidos políticos, caídos de hinojos en su agonía gesticulante.

Cubrí las crisis de la gran industria francesa de los años setenta y ochenta del siglo xx desde la perspectiva del corresponsal diplomático. Eran cuestiones económicas, sociales y políticas, tratadas desde una óptica informativa, desde París, muy lejos de los paisajes devastados

y convertidos en campos de ruinas, polvorientos despojos de la Saint-Etienne de mi adolescencia, la Lorraine de mis primeros años como enviado especial permanente de una cadena de radio, el norte y las playas del Canal de la Mancha donde Jean-Florent y Pierre-Jean vieron el mar por vez primera. La pobreza inmisericorde que llegaba a Ault y otros pueblos de la región era ya muy evidente en las fotos del verano del nacimiento de Pierre-Jean. Su hermano era feliz, a su manera, montando en los caballitos instalados al borde de una brumosa y fría playa desierta. En ocasiones, pasábamos la mañana al borde de una pedregosa playa, durante la marea alta. Jean-Florent se distraía tirando piedras a las olas que iban y venían, para huir cuando temía mojarse, corriendo hacia su madre y su hermano, bien abrigados, en pleno mes de julio. Pierre-Jean aferrado a su chupete, los ojos cerrados, en brazos de su madre, mirando al horizonte, soñadora, mientras yo hacía rudimentarios estiramientos tras una solitaria carrera por el borde de los acantilados. Fueron mis padres quienes nos invitaron a comprar la casa de Ault, deslumbrados, de alguna manera, por una perspectiva única y la ilusión de ver a su hijo mayor convertido en propietario de una residencia secundaria en una playa desde donde Guillermo el Conquistador había lanzado la aventura que culminaría en la batalla de Hastings. No desconocía la gran crisis que amenazaba a todo el norte de Francia; pero me sentía no sé si alejado o indemne ante las catástrofes pasadas, presentes o venideras. La *Vista de Ault* de Derain confiere a esos paisajes una nobleza que yo conocía menos lírica, caída en la tierra baldía de su decadencia fatal. Ault todavía tenía un alcalde comunista, y todo el pueblo estaba a la venta a casi cualquier precio. El novio de la secretaria del ayuntamiento era un bombero simpatizante de la familia Le Pen. Nuestra profesora de tenis vivía en pareja con la madre de dos niños nacidos de un padre que tardó en comprender la atracción que su esposa sentía por las mujeres más jóvenes. En los mercadillos de Ault y Cayeux, en el puerto del Tréport —inmortalizado en la viñeta de la portada de la primera edición de *Estación. Ida y vuelta* de Rosa Chacel, que fui el primero en reeditar en mi efímera etapa de «editor» madrileño—, habían comenzado a aparecer las primeras víctimas de la crisis. Instalado en el púlpito del corresponsal diplomático que contempla desde el limbo de su estratosfera la realidad más inmediata, no siempre

veía todo cuanto tenía ante mí y tardaría años en descubrir definitivamente, por lo menudo, la primavera del 2012, en el mercadillo de Hénin-Beaumont, feudo político de la extrema derecha, a dos horas de la bahía de la Somme y Calais, en el corazón de una Francia periférica cuarteada por la crisis.

Bastión socialista, durante muchas décadas, Hénin-Beaumont cobró una cierta notoriedad nacional cuando se convirtió en uno de los símbolos del rampante ascenso electoral de la extrema derecha, el 2014, votada por el treinta por ciento de los obreros franceses desde finales del siglo xx y principios del siglo xxi, cuando los electores de las izquierdas socialistas y comunistas abandonaron a sus antiguos partidos a su incierta suerte, seducidos por la retórica de la familia Le Pen. En el mercadillo de Hénin-Beaumont, el mes de junio del 2012, los militantes de la extrema izquierda y la extrema derecha populistas se disputaban a codazos la simpatía y el voto de una población amedrentada. Una mañana de mercadillo, entré en un bar de la irremediable calle del General De Gaulle donde mi «¡Bon jour!» fue recibido con el hosco silencio de unos lugareños que contemplaban con reserva la llegada de un forastero. Imposible intercambiar ni una sola palabra con nadie, volví a la calle, donde los militantes de extrema derecha repartían su propaganda mientras bebían cerveza caliente en latas sucias, entre risotadas cómplices con algunos jóvenes de cabeza rapada. En una esquina del mercadillo me tropecé con una señora musulmana, muy maquillada y peripuesta, acompañada de dos mujeres de ajada juventud, maestra y cartera de pueblo, solteras, la treintena bien avanzada, que me invitaron a acompañarlas a «dialogar» con Jean-Luc (Mélenchon) en un bar tabac frecuentado por inmigrantes magrebíes. «¡Si mi marido me viese, me echaba de casa!», me dijo riendo la señora musulmana cuando aceptó ser fotografiada sola y acompañada, en una calle desierta donde nos tropezamos con dos amigos, marido y mujer, marroquíes, sonrientes. «¿Por qué quiere usted fotografiarnos?», me preguntó el marido. «Son ustedes los únicos jóvenes alegres con los que me he tropezado», les respondí.

Como corresponsal diplomático, había escrito muchas crónicas hablando de la crisis de la representación política y sindical (hundimiento del PCF y el PS, erosión muy profunda de los sindicatos), la crisis del

modelo democrático francés (dejando sin representación parlamentaria a las extremas izquierdas y extremas derechas, laminadas por el modelo electoral), la crisis del urbanismo de Estado (creando guetos étnicos en los suburbios), la crisis del pueblo tradicional (víctima del hundimiento de todos los valores que en otro tiempo estructuraban la sociedad francesa), la irrupción de los barrios étnicos en París y las grandes ciudades de provincias, atizando el riesgo o el fantasma de una «guerra civil» que Nicolas Baverez fue el primero en subrayarme, desayunando en el Café Rostand, frente a los jardines del Luxemburgo, a finales de noviembre del 2006. En el mercadillo de Hénin-Beaumont terminé descubriendo los rostros de los hombres y mujeres que habían vivido, vivían y estaban condenados a caminar, sin rumbo conocido, por los campos de ruinas que contempla el Ángel de la Historia de Paul Klee.

Interpretado por Walter Benjamin, el Ángel de la Historia de Klee es una profecía, que proclama su mesianismo apocalíptico, semejante, a su manera, al señor desgrefinado, en camisón blanco, que me tropecé en el bulevar Saint-Germain arrastrando una cruz amarilla, anunciándome el peligro mortal de los incendios callejeros, una tarde de primeros de enero de 2019, gritándome: «¡Aléjese, los CRS se comportan como asesinos!». Las escenas de vandalismo que se habían sucedido y se sucederían en París, en los Campos Elíseos y muchas capitales de provincias, también tenían mucho de vandalismo nihilista, mesianismo endemoniado, adoración de la nada, en llamas.

Cuando Emmanuel Macron recurrió al ejército para imponer su orden marcial, durante algunas manifestaciones del mes de marzo de 2019, llegué a pensar que tal respuesta –muy propia del reformismo autoritario de la gran tradición nacional, Luis XIV, Bonaparte, De Gaulle, Giscard d’Estaing– dejaba al descubierto una incompreensión trágica de la angustia social más profunda, acompañada de inquietantes estallidos de odio y violencia callejera. Así culminaba la desintegración de los lazos sociales, maquillada con bizantinos debates verbales sin fin, convertido el Estado en un ogro filantrópico (Octavio Paz), sonámbulo, soplando las llamas del incendio de las almas muertas, cuyos reverberos, decía, iluminaban mi dorado destierro.

La última vez que conté a Pierre-Jean, Jean-Florent y Carmen la historia de mis sucesivos encuentros con el señor desgrefinado, en cami-

són blanco, arrastrando una cruz de madera de grandes proporciones, pintada de amarillo, tomábamos una copa de champagne en el balcón de casa. Las campanas de Saint-Germain-des-Prés, tan próximas, comenzaron a repicar a la hora del Ángelus. Y volví a contarles por enésima vez la historia de los monjes de esa abadía que hicieron el viaje París-Córdoba, ida y vuelta, en burro, hacia el año 1000, para recuperar las reliquias de unos mártires cristianos. Ellos, recuerda don Ramón Menéndez Pidal, abrieron a pie una de las rutas por donde llegaron a Europa, a través de la Occitania de los trovadores, las nociones del amor fraguadas en el al-Ándalus, una de las matrices de nuestra civilización, con Dante y los constructores de iglesias y catedrales.

* * *

Esa peripecia personal coincidió con tres procesos históricos, en España, Francia y Europa.

Durante los primeros años de mi destierro voluntario escribí con cierta frecuencia que la España de las autonomías podía ser un modelo para Estados o proyectos de Estado plurinacionales, como Marruecos o Israel. En cierta medida, mis ensayos *De la inexistencia de España* (1998) y *El duelo a garrotazos, matriz política y cultural de las Españas* (2014), son una «respuesta» y «conclusión» posterior al desencanto de mis primeras ilusiones en el futuro del Estado autonómico.

Mi llegada a París, durante la presidencia de Valéry Giscard d'Estaing, me permitió descubrir con entusiasmo la modernización definitiva de Francia, la creación del G5, la creación del Sistema Monetario Europeo (SME, matriz fundacional del euro), la convocatoria de las primeras elecciones europeas de la historia, y escuchar en Londres a Helmut Schmidt, el gran amigo y cómplice de Giscard, insistir en la grave amenaza continental de los SS-20 soviéticos, cuyo despliegue iniciaba la batalla de los euromisiles. Moscú no ocultaba sus ambiciones imperiales europeas, llamadas a confirmarse con el proyecto de ocupación militar de Ucrania que comenzó el 2022. Mi ensayo *La gran mutación. España y Europa ante el siglo XXI* (1979) fue un primer intento de reflexión, muy provisional, sobre el incierto futuro de la civilización europea.